

Dos CORREOS para Gúsgus

La vida en rojo

MARCO AURELIO CARBALLO

Estimado Gúsgus: Tengo la intuición de que la paranoia tiene que ver con la imaginación. Aunque no me atrevería a decir que Trotsky estuviera ayuno de esta última como para no imaginar que Mercader le iba a sumir la cabeza a pioletazos. Según mi experiencia, ignoro otras, hay una línea fronteriza entre imaginación y paranoia ante la cual uno debe detenerse. He puesto a prueba los excesos imaginativos y he confirmado que si me excedo franqueo la línea límite y caigo en las arenas movedizas de la paranoia cuando debí permanecer en el terreno firme de la imaginación. Vladimir Nabokov (1889-1977) dijo: “La imaginación, supremo deleite del inmortal y del inmaduro, debiera ser limitada” y también: “No debiéramos disfrutar demasiado la imaginación a fin de disfrutar de la vida”.

En cuanto a la prensa hay que irse con tiento. Más que nadie yo, pero tú no puedes marginarte. Si has escrito artículos para periódicos estatales y municipales debieras considerarte colega en grado de articulista. Sería tanto como darle de patadas al pesebre, cual suele decirse; mamar y dar de topes, o ser tildado de traidor al oficio.

Hay escritores que se la pasan bomba sin menciones en la prensa. Muchos venden libros como pan caliente y sin que su editor o ellos mismos los promocionen o paguen para publicitarlos. Los estudiosos podrían desentrañar y explicar este fenómeno complejo.

Tengo la intuición, a punto de confirmarla en tu caso, que los editores publicitan un libro sólo ¡hasta que el libro se vende!, es decir cuando, sin publicidad, es un best-seller, es decir el gasto en publicidad sale de las ganancias producidas por el libro. Lo he confirmado con los más recientes de García Márquez. Los anuncios a toda una plana aparecen cuando el libro está en la cresta del hit parade, para decirlo de algún modo. Si vendes tus libros por la libre y obtienes ganancias que te permiten recuperar lo invertido en la edición atípica de tu autoría, cometerías un error comercial si no lo anuncias en la prensa.

Los editores de periódicos lo saben y más que los editores los gerentes. Para éstos un libro es como un refri o como un coche (carro no coche en soconusquense), como unos zapatos o como kilo y medio de chicharrón. Es decir, un producto por el que el consumidor paga y, si paga, el vendedor gana y si éste gana ¿por qué regalarle al productor (al autor) líneas ágatas en el periódico?

Publicar gratis la nota y la foto de un autor es tan difícil de explicar como difícil es la explicación de que un libro se venda sin publicidad. Si esto fuera explicable los editores de libros publicarían sólo best-sellers. Podría escribirte cien cuartillas de lucubraciones aburridas para opinar por qué se venden sin publicidad.

Nuestro amigo Paco Solares me llevó a un desayuno con las mismas personas con las que tu cenaste en el Kamico. Solares pagó con mil pesos de “chupibonos” los veinte ejemplares de “Novios en la barra y otras miniturbocrónicas” que él obsequió a los integrantes de la asociación que nuestro amigo presidía entonces. ¿Sabes cuántas líneas publicaron? Cero. Si un colega me muestra una, juro por las cenizas de mi madre, que me zampo la plana. Sólo pediría remojarla con una espumosa para darle el debido trámite.

Cuando me tambaleo en la línea fronteriza con la paranoia, me digo que no lo hacen por mala intención, sino por ignorancia, porque es un filón noticioso que se niegan a explotar, a causa de atavismos inextricables. En negativo, puede ser envidia a partir de que todo periodista tiene un libro inconcluso en la gaveta. Cuando Figaro me dio de “cebollazos” en el “Diario del sur” y los agradecí con un correo y una llamada telefónica a Mario Ruiz Redondo, me desconcertó una parte del texto.

Aquella en la cual dice que no le importa si, elogiándome, lo llamaban barbero. Crucé la línea y caí en la paranoia. ¿Cuántos de los conocidos de Figaro me conocen y odian gratis como para que él se curara en salud?

Si pienso que es suerte si te publican y mala suerte si no te publican, recuerdo a José Pagés Llergo (1910-1989) cuando me decía, pies arriba de su escritorio, que no hay suertudos ni malasuartes, sólo inteligentes y cretinos.

De inmediato doy un paso atrás y regreso al territorio de la imaginación para no envenenarme la sangre.

Tú sigue el camino que deseas, Gúsgus. Total fuiste tú el que, de ambos dos, leíste el libro “Inteligencia emocional”, de la que estoy desprovisto. Para mí esa inteligencia es la sencilla y simple intuición. A veces la describo como un detector de cabrones integrado a la altu-

ra del alma. Echando mano de la intuición, de mi detector, le atino siempre o casi y cuando no, porque me falle la inteligencia racional, porque me acarballe, apechugo.

¿Hay de otra?

2

Gusgús: Las dos manías juntas y muchas más. No soy monomaniaco, sino multimaniaco. Pero el burro hablando de orejas. ¿Cuántas veces he tratado de convencerte de que no seas tú el paranoico? Admito el rasgo distintivo de que me provocas temas para las turbocrónicas, que intento dosificar porque si no jamás terminaré mi octavo mamotreto. Hallé justo una turbo traspapelada acerca de tu paranoia. La enviaré en cuanto mis hijos dejen de “chatear”.

No te despreocupes, cumpliré con la propuesta. Sólo una analogía: Dile a un arquitecto que te haga un anteproyecto de plano para construir tu casa, sin precisar que lo quieres gratis... Con patrones o grillos la intuición, infalible, o casi, me guía, y si le agrego un puñado de materia gris me proveen de razones para eludir compromisos ambiguos. Si tengo tiempo escribiré sobre el tema que atisbo y la convertiré en turbocrónica.

Si te cuento lo que te cuento (lo que te escribo) es mera catarsis. No tienes por qué resolverme nada. Es como un amigo le cuenta sus cuitas a otro. Mera terapia. Si te contamina la neurosis escribiré sin mandarte nada. Si continúas provocándome temas y dispongo de tiempo para teclearlos inventaré a un interlocutor y lo leerás en el Búho, Diario del Sur, Gente o en Punto y Aparte.

Está bien que digas cuanto piensas. ¿Para qué son los amigos? Yo he tenido algunos que no han sido santos. Varios eran auténticos hijos de puta y, otros, de perra.

Patrones y políticos son quienes me han visto la cara... Yo, como todo mulo, no era arisco. Me han explotado porque me precipito frente a los proyectos. No puedo evitarlo. Ellos son el imán y yo el hierro. Tras cada ocasión digo: Merecido lo tengo. Hace poco no hubo ni anteproyecto. El tipo me necesitaba en Monterrey para editar un suplemento. Moría por zamparme la suculenta fritada de cabrito y unas tripas. Iba a platicarme detalles en un desayuno y me plantó. Desayuné donde no quería y despilfaré dinero de mi whisky.

Juro que no recaeré y recaigo. Pero me zafo cada vez más porque pierdo tiempo. Trabajar no es negocio. Dejé de hacerlo hace siete años, curado de la enfermedad de hacer periódicos. En mi último fracaso, Marimba, puse dinero que tardé años en pagar... Aún padezco otros males. Por eso intento eludir a quienes quieren chingarme, verbo aprobado por la Real Academia Española. José Pagés Llergo y

José Chong Solís coincidieron en que el mexicano sale cada mañana a ver a quién amuela, y ellos dos no se conocieron entre sí.

Quizá llegué ya al punto en que estaban Pagés y Pepe Chong y temo ser víctima del mexicano que sale cada mañana a la caza de víctimas y, como dispongo de pocos años, debo cuidarme el doble. Quiero hacer lo mío y ayudar a quien no active mi detector de cabrones. Me niego si a cambio dejo de hacer lo mío.

Con el truco de que ellos ponen el pisto y tú el capital de trabajo, según le llaman, tan trillado como bíblico, he caído redondo y he perdido tiempo y dinero. En el primer mundo pagan el know how, algo así como el conocimiento, el “cómo se hace”. En este país tuyo, porque el mío es el Soconusco, te dicen: “Know... ¿what?” Es decir se hacen carballos. En media docena de casos no sólo me quedaron a deber el trabajo sino que al preguntarles ¿y el know how?, decían: “Pérate, voy al baño...”, defecaban de la risa y volvían y decían que no había lana para eso, que tenían a otro peludo, gratis.

Además de monomaniaco, agrégale el estrés. El estrés lleva a la neurosis. Padezco estrés porque se acaba el tiempo. Me neurotizo porque mis días no tienen 36 o 48 horas. Me neurotizo el doble cuando gente dedicada al robo contumaz de tiempo, manera siniestra de amolar a los amolados, me lo roba. Ejemplo: Después de tres días de buscar a Juan Pablo de los Santos, la secretaria me dice: “Oiga es que usted buscaba a su hermano Roberto”. Con calma le dije, señorita sé perfectamente a quién estoy buscando. Ignoraba que en la Feria de Tapachula trabajaba también Roberto. La secre decidió por sí misma que yo buscaba a Roberto. Aparte de perder dinero en largas distancias y, lo caro, tiempo, ¿qué fue eso? Pues que la secre quiso verme la cara de carballo, aunque habláramos por teléfono. La descarga de neurosis fue triple porque me afectó en tres renglones.

Paranoico, ¿eran ganas de amolarme? Pobrecita, quizá está en la clasificación de los carballos con iniciativa. Si quería amolarme, pretendió amolarme la inteligencia y me reamoló en el bolsillo y en el tiempo. Desde luego guardé la compostura. ¿Por qué? Porque estoy en el punto de Pagés y de Chong, conservando las distancias, donde puedo ser blanco de quienes salen a chingar cada mañana al prójimo.

Podría referirte mil ejemplos, pero no quiero hacer lo que me disgusta que me hagan, hacerte perder tiempo con una sarta de casos en los que a muchos se les resbala perder tiempo, o son más tolerantes o les importa un diputado, o son de los que se dedican a matarlo. Al tiempo. ■